

El recuerdo agradecido de la visita de SS el Papa a nuestra universidad, puede ser ocasión propicia para evocar algunas de las enseñanzas que nos dejó, y para que cada cual revise su grado de fidelidad o adhesión al mensaje de Iglesia que nos tocó escuchar.

1.- Vale la pena recordar algo de las circunstancias de la venida del Papa hasta nosotros.

En 1987 Chile vivía un período de grandes tensiones internas, en la perspectiva de un cambio político que se avecinaba y cuyas circunstancias nadie podía prever. Las divisiones y desconfianzas mutuas eran muy profundas, y se reflejaban en muchos aspectos de nuestra vida universitaria.

El Papa trajo una mirada distinta, a través de la cual cada uno de nosotros sin renunciar a sus legítimas opciones podía mirar a su patria con amor, asumir sus esperanzas con ilusión y sus defectos y pecados con paciencia y humildad. Incontables gestos del Papa nos recordaron que Chile era amable, que todos los hombres y mujeres de esta tierra esperaban y tenían derecho a nuestro servicio y nuestro amor.

El Papa se mostró inagotable. Llegó con su paciente exhortación a corazones que estaban muy distantes de la Iglesia. Ayer no más cuando en la Televisión lo veíamos diez años después, entregado a la larga devoción del Via Crucis en Roma, podíamos juntar estos dos momentos de su vida, distintos en su vigor físico, pero fundidos, unidos, en el solo deseo de llevar la presencia de Jesucristo a sus hermanos.

El Papa fué tolerante y afable. Superó con paciencia las pequeñas torpezas, y cuando llegó la tarde del Parque O'Higgins supo encontrar con fuerza y coraje las palabras justas para que la profanación se convirtiera en una lección perdurable,

Dejó en todo Chile una sensación de fiesta, de alegría, de que había pasado entre nosotros el espíritu de la caridad "que todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta". En el mudo homenaje del recuerdo, fueron innumerables las casas, talleres y oficinas que acogieron y pegaron en sus murallas alguna fotografía del Papa, algún recuerdo de su paso, algo que nos permitiera evocar y dar gracias al Señor por esa forma particular de su presencia que es el paso de un testigo, de alguien que es capaz de hablarnos de las cosas de esta vida vistas con los ojos con que Dios las ve.

2.- Nos hizo el inolvidable honor de venir a esta casa, a este mismo sitio para hablarle al mundo de la Cultura y a los constructores de la sociedad.

Vino a decirnos primero, que la Iglesia nos necesita. Nos necesita para construir una cultura - un tejido de relaciones personales con el mundo, con los otros hombres y con Dios, de tal forma que podamos acceder a un nivel de vida verdaderamente humano, como el que corresponde a la dignidad de los hijos de Dios. A decirnos que lo hagamos en un mundo sin fronteras, pero al servicio dedicado de nuestra nación y nuestro pueblo hacia quienes tenemos obligaciones morales que son gozosamente irrenunciables.

Vino a decirnos que nosotros necesitamos de la Iglesia. Necesitamos de ella porque todo el edificio de la cultura humana descansa sobre el cimiento de la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios. De ella depende que un pueblo o una cultura se abran a la trascendencia o se cierren en el egoísmo de la inmanencia.

3.- Nos mostró nuestra responsabilidad en generar un proceso de reflexión que desemboque en una renovada difusión y defensa de los valores del hombre en cuanto tal, en su relación con sus semejantes y con el medio en el que vive.

Nos exhortó a construir una "cultura de la solidaridad" que sienta como propias las necesidades de los débiles y de los que sufren, y que nos lleve a vivir prácticamente la superioridad del "ser" sobre el "tener".

Nos exhortó a asumir las responsabilidades ciudadanas y a superar miedos e inseguridades.

4.- Nos recordó que necesitamos de la Iglesia porque ella nos alienta y sostiene en la ineludible misión de buscar la verdad, y de servir sin descanso al hombre chileno, dando un ejemplo de rigor científico y evitando la tentación de aislarnos respecto de los problemas concretos de nuestro pueblo. Nos urgió a hacerlo en compañía del pueblo que conserva la memoria fiel de sus raíces y dando atención preferente a la juventud que muestra el camino del futuro.

5.- A nuestra propia universidad le recordó el deber de ser institucionalmente fiel al magisterio de Pedro, y en aquellas circunstancias que vivíamos, nos dirigió palabras de aliento y de reconocimiento que fueron un consuelo inolvidable, junto con exhortaciones al fervor en el cumplimiento de nuestra misión y a la fidelidad que como universidad católica y pontificia, constituye el aliento de nuestra vida. Nos previno contra la difusión de las ideologías, formas larvadas de la voluntad de poder, y nos hizo presente que se aproximaba ya el tercer milenio que tenía como atmósfera un proceso de cambios sin precedentes, para el cual nos pedía ayudar en la formación de una síntesis renovada que ofrezca respuestas adecuadas en la nueva época de la historia humana y que contribuya a edificar una cultura planetaria, en cuya virtud el gigantesco proceso de cambios al que asistimos pueda tener un lugar en el sentido de la salvación.

6.- Yo diría que como mensaje de Cristo a través de la Iglesia y del papa se nos decían dos cosas de sumo valor:

- La primera es que somos importantes; somos necesarios, hombres y mujeres e instituciones para hacer la obra que Dios ha determinado hacer. Cada uno de nosotros es irremplazable: a cada uno, Dios lo ha llamado por su nombre.

-La segunda, es que somos amados con un amor que desafía nuestra imaginación y que a pesar de y a través de todas nuestras frustraciones, trabajos y dolores, nos depara la más venturosa realidad: la de ser partes vivas en la creación y la redención, queridas y obradas por Dios sobre el universo.

7.- Es por eso que damos gracias hoy por esa visita inolvidable y que rezamos por el Papa, instrumento de esos beneficios, para que el Señor lo proteja y lo conserve en el gobierno del pueblo de Dios.